

SIN TÍTULO

Miriam Isabel Gutiérrez Prieto

Soy una lluvia

Yo soy una lluvia

a veces estoy ausente, perdida,

estoy solo a veces,

cuando me ausento, vuelo, vuelo buscando un lugar donde reposar, para empezar de nuevo y llegar a la tierra.

Luego viajo para poder llegar a otras tierras, estoy siempre en movimiento, algunas veces me gusta un lugar cálido, con árboles, montañas, mares, y ahí me quedo casi todo el verano, luego escucho llamadas a otros continentes y voy, a veces.

Sólo soy lluvia.

No soy el sol que tiene la certeza de salir todos los días, casi a la misma hora, y hace que todos lo miren y lo hagan rey.

Y lo hagan Dios.

Me da miedo dejar de ser lluvia, pero a veces quiero ser la luna, flores.

Espero, encontrar todos los misterios de la lluvia y dejar de sentir el dolor de no ser otra.

Mi mundo impredecible, a veces abundante, a veces escaso, y a veces doloroso, como dice Zitarrosa, No hay dolor más atroz que ser feliz. Siempre a veces.

Hilos

Huellas en el cuerpo como cicatrices, como medallas de batallas ganadas.

Las primeras fueron en los dientes, que salían y dolían, luego se caían, y empujados por unos nuevos, quizá esa sea la metáfora de la vida que quiero aprender.

Luego las heridas, casi siempre en las rodillas, no sé si porque tenía un defecto en ellas, o los pies, o en los zapatos, corría mucho, o tenía miedo de moverme. O todo eso.

Luego las huellas de la sexualidad, pelos, en las axilas, las piernas, el bello púbico, todo se hacía público. Me sentía mirada de una manera que me incomodaba,

seguida de la sangre que salía de mi cuerpo a los 12 años, me tomó por sorpresa. Tuve miedo, no sabía qué hacer, llegó mi prima y me dijo con un tono casi indiferente, -no pasa nada tienes la regla, ponte esta toalla y ya, así te va a pasar cada mes-.

Yo me tranquilicé, pero al mismo tiempo me sentí decepcionada de que no hubiera más palabras para significar ese hecho que a mí me parecía aterrador, fuerte, bello, por primera vez como un animal que no tenía ningún control de su cuerpo, solo pasada, sin tu voluntad, fue magia, misterio, la sangre tendría que significar algo más. Luego descubrí que sí.

Cuando les hablé a mis compañeras de Eso, empecé a escuchar lo que yo sentía, alegría, dolor, miedo, deseo.

Luego la sangre llegó con la maternidad otro jeroglífico, no alcanzo a decirlo, tener a un ser que vive dentro de ti, es confirmarme animal, pero ahora en una completud, porque tenía que ver con otro, con un hombre que amaba, y al mismo tiempo era mío, algo impar, indivisible. Me sentí libre como una leona, o ballena, como si hubiera abandonado los protocolos, los horarios, era sólo yo, y él que estaba dentro de mí. Como rozar lo inefable, tocar el límite de las palabras.

Lo más amable, y extenuante perdurado, Ha florecido en el eje de mi vida. La pareja, el trabajo, han estado ahí como algo imprescindible, pero en otra dimensión.

Lo más radical, me transformó la maternidad, una herida, una pérdida y un don a mismo tiempo. Tantas renunciadas y sorpresas, volver a descubrir el mundo, mirar las mismas cosas de mi infancia en otro ser, cuando descubrió mi primer hijo su sombra, me marcó la piel.

Y aunque ahora no están en casa, no pasa un día que no los recuerde, ese lugar es también mi conquista. Su huella en mí.

Ahora me reinvento, mis días tienen más horas para mí, y paradójicamente siento que vuelvo a mis sueños de infancia, desde que aprendí a leer, desee escribir, lo hago desde la adolescencia, pero ahora estoy construyendo un sentido nuevo, la escritura y es ella no una hija, no una madre, una amiga incondicional, descubro ahora que la escritura nunca me ha abandonado y eso me hace muy feliz, me

reconcilia con la vida, un sentido que es solo mío y que al mismo tiempo puedo compartirlo.

Justo en eso es distinto de los hijos, cada vez que escribo me siento distinta, pero ahora ya no es una transformación, sino una revelación de esta que estoy siendo, que no conozco, me lleva a nuevos lugares, y no sé, es paradójico al mismo tiempo siento que son lugares propios, quizá porque al habitarlos los hago míos.

Y los hijos se hacen adultos, mis horas estuvieron en función de ellos, de cuidar su risa, su gripe, su escuela, su tristeza.

Sus proyectos.

Y respondí a la ética de mi deseo, mi deseo de tener hijos, sostenerlo, sostenerlos, sostenerme.

Me transformó la maternidad porque salí de mi misma para hacer cosas por ellos que no hacía por mí.

Responsable, responder a ese deseo de darlos a luz.

Y bueno salí de mi, no toda, pero ese camino me regaló recompensas, el viaje ha sido regocijo, recreación. También dando me encontré.

Anido la escritura, hay lugar para empollar las palabras.

Calentarlas, hacerlas crecer, cuidarlas. Cambiarlas, conocer sus tristezas, gripes, libros.

Mi proyecto propio siempre estuvo ahí, mi trabajo con el autismo, cuando logré escuchar una palabra, una mirada después de años de trabajo, y descubrirme con una fe en la palabra, y eso también estuvo ahí como herencia para mis hijos, mostrarles mi propio deseo, para que ellos construyeran el suyo.

Y aquí estamos queriéndonos con la distancia. Aprendiendo otras formas del amor, incluyendo a otros otros. Continuando en la doble afirmación del otro que dice sí.

Descubriéndonos cada uno en su trinchera. Volver al origen, solos, como cuando nacimos, reír, danzar, jugar y pasar todos a la afirmación de la vida, como dice Deleuze, de lo Dionisiaco, curándonos de la carga, de la auto imposición de lo

sublime, de cargar al otro, de cargarse a sí en el imperativo cartesiano: pienso luego existo, y ahora soy donde no pienso.

El único hilo que me sostiene no es el de la moral, es el de la afirmación del encuentro con otro en la ligereza del devenir.

Las únicas huellas de las que puedo dar cuenta son de las que me preceden, las heredadas, de mí no sé, estoy en construcción, quizá hablaran los otros.

Las palabras heredadas

Palabras que son rocas, viento, agua, silencio.

Arrojada me decía mi abuela, *arrojada* como valiente, arriesgada, *arrojada* como expulsada, excluida, *arrojada* del paraíso.

En realidad nunca existió un paraíso, cuando escucho a alguien decir, yo tuve una infancia maravillosa, feliz, no le creo, más bien creo en su amnesia, una capacidad importante para la felicidad.

Cada edad tiene sus angustias, desde el nacimiento, un golpe, necesario para llorar, para respirar. Si no es que antes, cuando nuestra madre está enferma o triste o borracha. ¿Qué sentirá el bebé en el vientre?

Y es que mucho pedirle a una madre, la ecuanimidad, el equilibrio constante, ahora lo sé, ser madre es también cansarse, renegar, deprimirse, enojarse, emborracharse, perder los estribos.

Y uno se *cantea* para no estrellarse de frente con los muros, con los fantasmas.

También me decía *soflamera*, con mis quejas, claro, sonaba exagerado para ella, para cualquier otro que me escuchara, porque hay cosas intransmisibles.

Inexplicables.

¿Y cuándo me da la *tiricia*? Quedo inmóvil. Mirando el techo, la ventana, la tele. Eso pasa, según mi abuela, cuando nos *enverijamos* con un amor, y no queremos dejarlo, o a las amigas, los hijos, las cosas, las ciudades.

También eso es inexplicable. Quizá todo lo sea.

Estoy entre el ser y el sentido, en medio se cruza y me habita siempre el sinsentido.

Venas

Hombre mío, la metonimia de tu absurdo, se esconde, resiste a decirse.

Yo metáfora, en otro lugar. Entre Atenea y Medusa.

¿Amo demasiado, corro con lobos?

Te busco desde lo femenino, y lo sagrado, desde esta habitación a la que si acaso, podrás asomarte sin mirar, solo escuchas murmullos.

Y la habito sin ti, a ratos me acompañan amigas, mi abuela, mi madre, mi deseo.

Eso es lo único que puedo darte, sólo si puedes anidarla, serás instantes mi pareja, mi ancla, mi duda, mi herida, mi pregunta.

Recibo de ti la disimetría, el único lazo posible.

¿Dónde está el límite de mi deseo de ti, de mi ser contigo?

¿Qué te doy amor mío?

¿Toda mi casa, una galleta, las llaves?

¿Mi locura, invención?

Mi imposible, la puerta de mi cuerpo, de mis sueños

Te doy mi falta

Llegas desde tu hueco, donde mi cuerpo te nombra

Acudimos al encuentro con nuevos nudos.

Soy una desconocida

que se rebela

y se revela.

Me contienen

me descubro contigo

Soy otras.

Me rindo frente al espejo incompleta.

Te pregunto por mis puntos ciegos.

No termino de saberlo.

Sigo esperando ver florecer los botones que cosí a tu camisa.

En la higuera

los caracoles

procrean

idiomas,

convocan a la cita

de los porfiados

donde nos conoceremos.

Fe

para bordar

re signar

mi ficción.

Construir un puente

transitar el juego

otra vez,

mirarte al lado

y alada

saltar.

Entonces

sé del miedo

cede el miedo

me entrego.

Hace falta

la falta
para decirlo
en un acto.

El silencio

Ofrendo mi silencio.

Para escuchar al otro. Para no señalar sus errores, para no pedir más de lo que me ofrece.

Para conformarme, tomar forma con el otro.

Para no pedirle al otro que sea otro.

Para mirarlo y apreciarlo en su singularidad.

Y eso me enorgullece, también duele, porque me falta lo que el otro no me da. Lo que me quedo esperando. Y así aparece la magia de inventármelo.

Y me río, y lloro, porque sé que el anhelo de que esa palabra, esa mirada venga del otro, me acompañará toda la vida.

Sabe mi razón del imposible, pero como dice Pascal, el corazón tiene razones que la razón no conoce. Y construyo puentes para que circulen entre ellos, pero su naturaleza prevalece, son, somos animales, y al mismo tiempo no, nos atraviesan las palabras, y es con las palabras, no con el cuerpo, que se hace el amor.

Y ahí danzo, juego en esa balanza.

A veces, como hoy, me rompo la pierna, y debo quedarme sola conmigo, con mi dolor, que siempre tiene algo de intransmisible, nunca puedo decirlo todo.

Y se calma el ansia de saciarse, de colmarse, me conformo con mis fisuras.

Aprendo a mirar de nuevo el camino, el viento, a estar aquí ahora.

¿Valora Dios a la mujer, y la mujer a Dios?

Cito:

“Por una mujer tuvo comienzo el pecado, y a causa de ella, todos morimos.”
(ECLESIAÍSTICO, SIGLO II ANTES DE NUESTRA ERA)

“Tú eres la puerta del diablo; tú eres la que abriste el sello de aquel árbol; tú eres la primera transgresora de la ley divina; [...] tú destruiste tan fácilmente al hombre, imagen de Dios.” (*EL ADORNO DE LAS MUJERES*, DE TERTULIANO, SIGLO II DE NUESTRA ERA).

Mi relación con Dios, es ambivalente, A veces existe y me acompaña, a veces me parece un perseguidor. Otras, siento un profundo vacío.

Un día escuché a un hombre interno en un hospital psiquiátrico decir frente a mi pregunta:

-¿Usted qué opina de las mujeres?

Dijo:- Las mujeres inventaron a Dios para tener algo a lo cual tenerle miedo.

Es una frase que me resuena muchas veces que pienso en Dios. Crecí en una cultura donde las mujeres tenemos que ganarnos el amor y el reconocimiento de los padres. Los hombres ya lo tienen ganado por el hecho de ser hombres. Hay que servirles. Yo sólo tengo un hermano tres años mayor, y recuerdo a mi madre decir:

- Sírvete la comida a tu hermano.

Yo decía: -¿Por qué, que se la sirva él.

-Porque él es hombre y no puede hacer esas cosas. Son diferentes, él si puede salir, tú no porque eres mujer, y te puede pasar algo. Tú estás en la casa y te toca hacer eso.

Cómo hablar de Dios, si es para cada uno una invención, y como todo amor, como toda relación importante es siempre ambivalente.

Como dice, Simone de Beauvoir “la mujer no nace, se hace”. Y claro en cada cultura las mujeres tienen roles distintos, pero en la mayoría sobre todo en las monoteístas, se impone el patriarcado. Tampoco creo a que los hombres les vaya de maravilla con esto, todo tiene su precio, y estar todo el tiempo cuidándote o midiéndote el pene, también debe ser horrible. Lacan dice que por eso los hombres, traen las

manos en las bolsas del pantalón, para asegurarse que ahí está. Siempre tienen algo de cómicos.

Las mujeres nos preguntamos unas a otras:

-¿Qué es ser una mujer?

-¿Me veo bonita así, o asá?

-Yo quiero tener el cabello como tú.

Y las amigas contestan:

-No, a mí no me gusta, quisiera tenerlo lacio.

-Yo quiero tener las cejas como tú.

Y así hasta el infinito. Quizá se trate para hombres y mujeres simplemente de asumir la imposibilidad de ser perfecto, cualquier cosa que eso signifique, al fin y al cabo cada quien su perfección, su ideal. Busco seguir el devenir; jugar, reír y danzar. He vivido ser mujer, como una desventaja, y al mismo tiempo una ventaja, un amor mayor, más atención, porque debía ser cuidada. Es un misterio que ahora aprendo ya no a descifrar, sino a inventar.

Vivir la contingencia

Habito el devenir,
planes que no se cumplen,
siempre son,
pero en otro tiempo,
en otra medida,
con otras personas,
transito el camino de soltar.

Decido ser una mujer
elijo elegir,
decir no, decir sí,
en la contingencia.

Respondo a las voces del deber
pausa
objeción
me veo corriendo
para cumplir el deseo de otro
y me miro clamando amor
mi deseo de ser reconocida, amada.

Amor es solo la libertad de mi locura.
Mi gran conquista.

Elijo la escritura
cómplice, aliada,
revela mi deseo

Cuando tira la puerta el miedo,
escribo con él.
Me rebelo al dictado
pregunto:
¿Cuál es mi deseo?

En la higuera
los caracoles
procrean
idiomas,
convocan a la cita
de los porfiados
donde nos conoceremos.

Y quizá coincidir
el otoño
donde crepita el fuego
de la promesa rota.

Fe
para bordar
re signar
mi ficción.

Escribo el silencio
testigo
de la certeza de la flecha
del color del hueco
donde moro.